



Domingo de la Palabra de Dios



- Presentación
- Cómo hacer *lectio divina*

III Domingo del tiempo ordinario
22 de enero de 2023

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

DOMINGO DE LA PALABRA DE DIOS

PRESENTACIÓN

El 30 de septiembre de 2019, el papa Francisco estableció en la carta apostólica *Aperuit illis* «que el III domingo del tiempo ordinario se dedique a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios» (n. 3). Un domingo en el que «de manera especial, será útil destacar su proclamación y adaptar la homilía para poner de relieve el servicio que se hace a la Palabra del Señor» (ibíd.).

Aperuit illis dedica una especial atención a la homilía: «La homilía [...] posee “un carácter cuasi sacramental” (EG, n. 142). Ayudar a profundizar en la Palabra de Dios, con un lenguaje sencillo y adecuado para el que escucha, le permite al sacerdote mostrar también la “belleza de las imágenes que el Señor utilizaba para estimular a la práctica del bien” (EG, n. 142). Esta es una oportunidad pastoral que hay que aprovechar» (n. 5).

Y se añade:

De hecho, para muchos de nuestros fieles esta es la única oportunidad que tienen para captar la belleza de la Palabra de Dios y verla relacionada con su vida cotidiana. Por lo tanto, es necesario dedicar el tiempo apropiado para la preparación de la homilía [...]. Cuando uno se detiene a meditar y rezar sobre el texto sagrado, entonces se puede hablar con el corazón para alcanzar los corazones de las personas que escuchan, expresando lo esencial con vistas a que se comprenda y dé fruto. Que nunca nos cansemos de dedicar tiempo y oración a la Sagrada Escritura, para que sea acogida “no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios” (1 Tes 2, 13)» (n. 5).

El papa instituyó un domingo para que repercuta en todo el año:

El día dedicado a la Biblia no ha de ser “una vez al año”, sino una vez para todo el año, porque nos urge la necesidad de tener familiaridad e intimidad con la Sagrada Escritura y con el Resucitado, que no cesa de partir la Palabra y el pan en la comunidad de los creyentes. Para esto necesitamos entablar un constante trato de familiaridad con la Sagrada Escritura, si no

el corazón queda frío y los ojos permanecen cerrados, afectados como estamos por innumerables formas de ceguera (n. 8).

La Virgen María ocupa un lugar especial: «En el camino de escucha de la Palabra de Dios, nos acompaña la Madre del Señor, reconocida como bienaventurada porque creyó en el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho (cf. Lc 1, 45)» (n. 15).

El papa concluía con un deseo: «Que el domingo dedicado a la Palabra haga crecer en el pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura, como el autor sagrado lo enseñaba ya en tiempos antiguos: esta Palabra “está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que la cumplas” (Dt 30, 14)» (n. 15).

La Palabra de Dios ha sido inspirada por el Espíritu Santo; se ha transmitido en la Tradición de la Iglesia a lo largo de los siglos; es proclamada, celebrada y orada en la asamblea litúrgica; es vivida en la comunidad eclesial; es interpretada por el magisterio; es testimoniada en la vida de los santos; es profundizada en el estudio de la investigación teológica; es escuchada y saboreada en el silencio de los monasterios y en la sencillez de cada hogar cristiano; encuentra un eco peculiar en la catequesis; es aplicada en todos los ámbitos de la pastoral; constituye el fundamento de la misión; hace fecunda la acción sociocaritativa; «se manifiesta en los genuinos valores religiosos y morales que, como semillas de la Palabra, están esparcidos en la sociedad humana y en las diversas culturas» (*Directorio general para la catequesis*, n. 95).

Benedicto XVI escribió en la exhortación apostólica *Verbum Domini*: «La Iglesia se funda sobre la Palabra de Dios, nace y vive de ella. A lo largo de toda su historia, el pueblo de Dios ha encontrado siempre en ella su fuerza, y la comunidad eclesial crece también hoy en la escucha, en la celebración y en el estudio de la Palabra de Dios» (n. 3).

Según el *Directorio para la catequesis*:

Jesús realiza su misión de salvador y manifiesta la pedagogía de Dios. Los discípulos experimentaron la *pedagogía de Jesús*, de la que los Evangelios narran los rasgos distintivos: la acogida del pobre, del sencillo, del pecador; la proclamación del reino de Dios como buena noticia; el estilo de amor que libera del mal y promueve la vida. La palabra y el silencio, la parábola y la imagen se convierten en una verdadera pedagogía para revelar el misterio de su amor (n. 159).

También leemos en el *Directorio para la catequesis*: «Dios ha querido reunir a su Iglesia en torno a su Palabra y nutrirla con el cuerpo y la sangre de su Hijo. [...] La Palabra de Dios es el pan de cada día, que regenera y alimenta el camino eclesial de manera ininterrumpida» (n. 283).

El Domingo de la Palabra de Dios destaca la primacía de esta Palabra y pone a toda la Iglesia en «escucha religiosa» (DV, n. 1). «El ministerio de la Palabra [...] nace de la escucha y educa en el arte de escuchar, porque solo el oyente puede también anunciar» (*Directorio para la catequesis*, n. 283).

Que la Virgen María nos acompañe en este domingo con el ejemplo de su vida y su constante intercesión, para que nuestros oídos estén siempre abiertos para escuchar la Palabra de Dios, meditarla y saborearla, anunciarla, celebrarla y vivirla cada día.

✠ JULIÁN RUIZ MARTORELL

Obispo de Huesca - Jaca

*Responsable del Área de Pastoral Bíblica de la Comisión Episcopal
para la Evangelización, Catequesis y Catecumenado*

LECTIO DIVINA

Proponemos tres esquemas de *lectio divina*: 1) La primera para niños, tomando como base el salmo responsorial; 2) la segunda para jóvenes, a partir del texto de la primera Carta a los Corintios; 3) la tercera para adultos, desde el texto del evangelio.

Lectio divina para niños

Sal 26, 1. 4. 13-14: El Señor es mi luz y mi salvación. *℟. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? ℞. Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por los días de mi vida; gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo. ℞. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. ℞.*

Lectura

«El Señor es mi luz».

A los niños no os gusta la oscuridad. Las noches de invierno son largas. Aunque tenemos luz eléctrica, nos cuesta salir de casa cuando no vemos el sol.

Os asustan los lugares oscuros y poco iluminados. Habéis leído narraciones y habéis visto películas donde las personas tiemblan y tienen miedo.

El Señor es nuestra luz. No solamente ilumina nuestro camino cuando es de noche, sino que nos acompaña siempre, de modo que ya nunca nos sentimos solos.

Jesús nos defiende y acompaña. Se puede sentir siempre su presencia a nuestro lado y su compañía continua.

Con Jesús junto a nosotros, podemos ser valientes y nuestro ánimo siempre está fuerte. No nos desanimamos, ni nos cansamos porque esperamos en él.

¿Cuándo siento que Jesús es mi luz?

¿Experimento que, sin Jesús, a mi alrededor es de noche y hace frío?

Meditación

Agradezco la amistad y el amor de Jesús. Le digo: «Tú eres mi luz». Confío en Jesús. Espero en Jesús. Le digo con mis palabras: «Tú me defiendes. Contigo no tengo miedo. Ya no tiemblo».

Habitar en la casa del Señor quiere decir que, junto a él, me siento siempre como en casa. Además, hay otras personas que también quieren a Jesús con las que me puedo encontrar en la iglesia cuando voy a rezar, a escuchar su Palabra, a recibir los sacramentos y a dar gracias.

Oración

Le pido a Jesús estar con él todos los días de mi vida.

Le repito en silencio: «Tú eres mi luz».

También lo digo abriendo los labios junto con el corazón: «Tú eres mi luz».

Digo a Jesús: contigo tengo esperanza; tú me haces más valiente; tú me das ánimo para caminar porque estás a mi lado.

Doy gracias a Jesús porque me da fuerza y hace que ya no tiemble.

Contemplación

Dirijo la mirada del corazón hacia Jesús, dándole gracias, cantándole en silencio.

Fijo mi atención en Jesús. Me concentro durante unos instantes, tratando de no despistarme.

Veo la diferencia que hay entre dos situaciones: cuando estoy solo y cuando alguien me defiende.

Lectio divina para jóvenes

1 Cor 1, 10-13. 17: Os ruego, hermanos, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que digáis todos lo mismo y que no haya divisiones entre vosotros. Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir. Pues, hermanos, me he enterado por los de Cloe de que hay discordias entre vosotros. Y os digo esto porque cada cual anda diciendo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas, yo soy de Cristo». ¿Está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿Fuisteis bautizados en nombre de Pablo? Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo.

Lectura

Son frecuentes los desencuentros entre los jóvenes, las divergencias evidentes, las filias y las fobias. Hay diferencias que no son realmente importantes: a algunos les gusta un equipo deportivo y a otros les entusiasma uno distinto. Hay quienes tienen una determinada habilidad y otros participan de cualidades peculiares.

Pero puede haber también diferencias más profundas. Entonces se hace difícil el diálogo y la convivencia resulta casi imposible. Se forman barreras y cada uno se atrinchera en sus propias ideas o convicciones. Se escucha decir: «Yo soy de estos», «y yo de aquellos», como opciones irreconciliables, opuestas, radicalmente excluyentes.

Algo parecido sucedía en la comunidad cristiana de Corinto. A san Pablo le dijeron que había discordias. Es más, le comentaron que había quienes andaban diciendo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Cefas (Pedro), yo soy de Cristo».

Esto no le gustó nada a san Pablo y les escribió: «¿Está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿Fuisteis bautizados en nombre de Pablo?». Él no quería ser el capitán de un grupo, sino que trabajó siempre para que todos siguieran a Cristo.

Recibimos una clara invitación: «Estad bien unidos con un mismo pensar y un mismo sentir». No se trata de perder nuestra personalidad ni nuestra originalidad. No queremos ser fotocopias de nadie. Pero es

preciso trabajar por la unidad, participar de un pensamiento común y una sincera voluntad que nos hace compartir los sentimientos.

Es realmente posible pensar conjuntamente y sentir como miembros de una familia.

Meditación

La meditación es una penetración íntima, bajo la guía de la gracia, en la maravillosa profundidad de la Palabra de Dios.

Es como un «rumiar», masticar lentamente las palabras y saborearlas. Decía san Gregorio Magno que es «abrir el camino al Señor a fin de que él entre en nuestro corazón y lo encienda con la gracia de su amor».

San Efrén utiliza la imagen de la Biblia como «la fuente de la aldea» y nos sugiere la idea de la reflexión a base de pequeños sorbos: «Bebe de manera que sacies tu sed, de modo que cuando vuelvas a tener sed te llegues de nuevo a la fuente; el agua no faltará nunca».

Destaca alguna frase o palabra para saborearla con atención, volviendo una y otra vez, bebiendo a pequeños sorbos.

Oración

La oración brota espontánea del encuentro del «corazón» de la persona «con el corazón de Dios por medio de la Palabra de Dios» (san Gregorio Magno).

La oración «es obra del corazón, no de los labios, porque Dios mira no a las palabras sino al corazón de quien reza» (Esmaragdo). «La verdadera oración es la del corazón» (Fénelon).

Pedimos al Señor: Haz que desaparezcan las divisiones que nos enfrentan y separan. Haz que caminemos juntos siguiéndote a ti como nuestro Señor y nuestro mejor amigo.

Reza por aquella persona con la que te sientes a disgusto. Pide al Señor que sane tu corazón. Pide al Espíritu Santo que cicatrice tus heridas y te haga capaz de perdonar.

Da gracias al Señor por todos los signos que te concede: las discordias superadas, las riñas evitadas, las diferencias relativizadas, los desencuentros superados, la presencia y actuación de personas que favorecen la unidad y la concordia, las posibilidades de convivencia entre seres humanos diferentes, etcétera.

Contemplación

Las discordias, los celos, las divisiones nos alejan del Señor. No se trata de que los demás se acerquen a nosotros o de que hagamos gestos de proximidad hacia los demás. La clave está en caminar hacia Cristo y, en él, nos encontramos fraternalmente con todas las personas. Jesucristo es el punto de unión. Él es el que nos ama, nos llama y nos envía a ser sus testigos.

Veo a Jesús que camina delante de nosotros. Él es el camino. Él nos atrae y nos llama. Él es la única verdad, frente a tantas opiniones. Él es la vida. Él es el Señor.

Lectio divina para adultos

Mt 4, 12-23: Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló». Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el Evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

Lectura

El arresto de Juan provocó una reacción en cadena. Jesús se retiró a Galilea y se estableció en Cafarnaún. San Mateo recoge un oráculo de Isaías que trae una buena noticia: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló». Inmediatamente después de este gozoso anuncio, Jesús comienza a predicar: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos».

Tantas veces hemos oído la llamada a la conversión que casi no prestamos atención a estas palabras iniciales de Jesús.

1) La llamada a la conversión no es una orden salida de la nada. No es un imperativo que cae sobre nosotros de modo inexorable.

2) Jesús llama a la conversión después de hacer hecho suyo el anuncio novedoso de una luz grande que ve el pueblo que habita en tinieblas. Una luz brilla para quienes habitan en tierra y en sombra de muerte.

3) Solamente quienes viven en dificultad están en condiciones de recibir la palabra que Jesús les dirige.

4) «Convertirse» significa cambiar de sentido en el caminar, rectificar el sendero, reorientar la marcha, dar la vuelta, regresar.

5) Jesús anuncia el reino de los cielos (reino de Dios) con su vida, su testimonio, su palabra y su silencio.

6) Jesús es el reino de Dios en persona. En él se actualiza, se hace presente.

7) Con Jesús comienza la soberanía de Dios en la historia de la humanidad y en la vida de cada persona.

8) El primer signo de la presencia del reino de los cielos en medio de nosotros es la fraternidad que Jesús crea en torno a su persona: «Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres”».

9) El elemento determinante es este «Venid en pos de mí». Nos suele admirar la rápida respuesta de los primeros discípulos: Pedro y Andrés «inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron». Santiago y Juan «inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron». «Venid» significa un movimiento. Se trata de acercarse a Jesús. «En pos de mí» destaca el seguimiento: hay que seguir a Jesús.

Meditación

La meditación es una reflexión prolongada para asimilar el mensaje y para madurar una decisión. Se vuelve sobre el significado de la Palabra de Dios para entrar en la profundidad de su mensaje.

El arresto de Juan supuso un duro e injusto golpe. La decisión de Jesús no fue una retirada táctica, un repliegue, sino una oportunidad para vivir y actualizar el oráculo profético. Al otro lado del Jordán, en la Galilea de los gentiles, sucede algo inédito: «El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló».

Jesús es la luz esperada. Identifica las situaciones en las que el Señor te ilumina. Concreta los momentos y circunstancias en los que tu esperanza ha quedado cumplida.

Recuerda las dificultades que te impiden responder con generosidad a la invitación de Jesús.

Pedro y Andrés «inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron». También Santiago y Juan «inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron». Este seguimiento inmediato es consecuencia de la iniciativa de Jesús y de su potente capacidad de persuasión. Jesús atrae con fuerza y envía con energía.

Oración

La oración verdadera es el salto hacia Dios, conocido a través del amor, y un diálogo, signo del amor, que no necesita palabras.

Agradece al Señor su amor, su llamada y la misión que te encomienda. Mejor diríamos, «la misión que tú eres», porque no es que «tengamos» una misión, sino que, más bien «somos» una misión.

Agradece al Señor que te permita caminar siguiendo sus huellas y que te haga vivir según su proyecto.

Agradece al Señor que te llame para estar con él y para compartir su palabra, su vida y su misión.

Agradece al Señor que te capacita para estar junto a personas heridas, enfermas, vulnerables, necesitadas.

Contemplación

La contemplación es un regalo de la gracia divina. La contemplación consiste en una mirada participativa que procede del amor. Se vuelve al silencio, pero no el silencio de la escucha, sino el silencio de la visión con los ojos de la fe.

Según san Bernardo, la contemplación «toca a Dios no con la mano sino con el amor, no con los sentidos sino con la fe».

Es una experiencia personal de Dios que los maestros del espíritu definen como «oración del silencio», «oración del descanso», «oración en presencia de Dios», «oración de pura fe», «oración de solo el corazón», «desear al esposo y amado», «deseo y amor», «el amor es insaciable de amor».

La Palabra fluye dentro de nosotros y, al ser escuchada, suscita iluminaciones, propuestas y proyectos operativos.

La Palabra de Dios llega a la esencia y a la raíz de los acontecimientos y de las personas y enseña lo que es profunda y eternamente válido.

